

PABLO DEROULEDE

EL CORNETA

Ataque anuncia el corneta.
Ni una nube el cielo mancha;
la carretera es bien ancha;
los zuavos cantando van.
Delante se extiende un bosque
coronando una colina;
de allí el campo se domina;
los prusianos allí están.

Siempre fué el viejo corneta
un camarada valiente;
si apurada ve á la gente,
el primero en la lid es.
Cuenta ya muchos combates,
y aunque los juzga felices,
lleno está de cicatrices
de la cabeza á los pies.

Hoy él dirige la danza:
nunca su clarín guerrero
sonó tan vivo y tan fiero
rasgando el aire sutil;
él la esperanza despierta
en el pecho de los bravos,
y encendió ya de los zuavos
el corazón varonil.

Avanzan á la carrera;
el prusiano no se esconde;
el fuego al fuego responde:
¡buena la función será!
Por fin, á sus compañeros
lanza otro toque el corneta;
—«¡Arriba!, ¡á la bayoneta!»
En el bosque entraron ya.

El heroico veterano,
á la primera embestida
siente en su pecho una herida
que á sus glorias pondrá fin;
pero su ánimo invencible
no se rinde ni se abate,
y dirigiendo el combate,
suena siempre su clarín.

Aunque salta á borbotones
la sangre, con mano fuerte
le cierra el paso á la muerte
y la hace volver atrás;
renueva el toque de ataque,
y la batalla avivando,
cual suprema voz de mando
suena sin cesar jamás.

Sobre la hierba tendido
sin consuelo ni esperanza,
al ver que su gente avanza,
contiene el dolor atroz;
á su labio ensangrentado
clava el bélico instrumento,
y vibra siempre en el viento
su estremecedora voz.

Mira extenderse los zuavos
por la selva enmarañada;
la posición disputada
pronto en su poder caerá.
Extinguese de repente
el resonante alarido;
su último deber cumplido,
el corneta ha muerto ya.



CATULO MENDÉS

LAS IMPRECACIONES DE AGAR

Cuando el año centésimo cumplía
el patriarca Abraham, poniendo el sello
á su augusta vejez, Elhi bendijo
de la proecta Sara el mustio seno,
y ella fué madre al fin. Al viejo esposo
dijo:—«Pastor de cabras y camellos,
en mi ensanchado vientre, nueve meses
el Señor hizo germinar su Verbo,
y de tu innumerable descendencia
sonó el vagido en el clamor primero
de este infante que busca mis pezones.
Pues que te di un varón, llegó el momento
de arrojar de tu lado al hijo impuro
de la extranjera, que con torbo gesto
guña infame los ojos, y en la sombra
rodar en torno motador lo veo.
Echalo pronto, y á la madre egipcia
echa también, como se lanza lejos
la rama seca y el podrido fruto.
A mi fecundidad es menosprecio
li suya. Aún muestra, bajo el blanco lino,
su feliz juventud mórbido el pecho: